

LA MUJER NUEVA Y LA MUJER TRADICIONAL: APUNTES EN TORNO A LOS MODELOS FEMENINOS EN *EL AMIGO MANSO*

Francisco J. Quevedo García

1882-2005 Éstas son las fechas que separan la primera edición de *El amigo Manso* con este año que, además de ser eminentemente cervantino por el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*, ha sido el elegido para el VIII Congreso Internacional Galdosiano. Hemos querido especificar en el inicio los datos cronológicos porque nuestra hipótesis de trabajo va a bascular, fundamentalmente, en observar desde las coordenadas actuales, si ha habido cambios sustanciales en los planteamientos que sobre la mujer lleva a cabo Galdós en una de sus novelas de la década de los ochenta, que pasa, a nuestro entender, por ser uno de los textos más novedosos, tanto desde el punto de vista de la técnica —es sabida por todos la importancia en la narrativa española del proceso metanovelesco ficcional que se produce a través de la figura del protagonista Máximo Manso—, como por la inspiración krausista que se detecta en sus páginas.

Este asunto siempre nos ha llamado la atención, puesto que creemos que es un buen indicador de los procesos que ha llevado a cabo la sociedad española en los últimos siglos. Así, cuando vimos que en este congreso se abría una sección temática dedicada a Galdós y al feminismo, no dudamos en derivar nuestra investigación hacia este terreno. La literatura y sus estudios, máxime en los tiempos que corren, se han introducido en un panorama crítico de carácter postestructuralista, en el que cuenta mucho los contextos socioculturales en los que las obras se encuadran; pero al tiempo también han asimilado esas corrientes de la crítica literaria actual la necesidad de revisar una obra desde diferentes estados de lectura. El lector, sea desde el ámbito individual o colectivo, ha cobrado un protagonismo inusitado para otras épocas no muy lejanas, y se configuran como elementos relevantes aspectos como el denominado *horizonte de expectativas*, que sintetiza lo que el público lector espera, en general, de una creación o de un autor en un periodo concreto. Lo cual puede darse o no, de hecho ahí está la evolución de los movimientos artísticos para demostrarlo. Todo ello debido a una visión mucho más global del fenómeno literario, puesto que se considera que éste se inscribe en un marco de referencias sociales, ideológicas, económicas, etc. Esa evolución artística ha sido una suma de experiencias creativas que suponían transformaciones en los gustos estéticos implantados, que paulatinamente se iban supeditando a esas nuevas experiencias. Montserrat Iglesias Santos subraya al respecto: “La integración del carácter histórico y el estético de una obra literaria, la superación de los límites del marxismo y formalismo, es llevada a cabo bajo la incorporación del concepto horizonte de expectativas (*Erwartungshorizont*), aquel que permite describir las distintas concretizaciones de una obra a lo largo de su historia” (1994: 48).

De algún modo, los escritores, sobre todo aquellos que poseen la rara habilidad de apreciar de *otra manera* la realidad que los rodea, hasta el punto de darse cuenta antes de los demás de que se está produciendo un cambio, son los notarios de los continuos vaivenes que la historia provoca. La crítica literaria en nuestros días concede un extraordinario valor a la revisión de los distintos horizontes de expectativas que ha generado una obra a través del tiempo; claro

está, si ha perdurado, lo que le da la condición de clásica. Verbigracia, no es idéntica la apreciación de los lectores en 1605 que en el 2005, ya no sólo porque acercarse hoy al *Quijote* representa acercarse a un mito, sino, lo que es más determinante, porque la sociedad, desde todos los ángulos, ha cambiado extraordinariamente.

Con *El amigo Manso* pretendemos hacernos eco de cómo era la sociedad decimonónica, con respecto, ya lo hemos dicho, al papel de la mujer, y cómo creemos que esta obra podría interpretarse, desde esta óptica, en nuestros días, cuando se han producido unos interesantes avances, aunque todavía insuficientes a todas luces, en la consideración del personaje femenino y de la dimensión social que se le otorga. Para ello nos vamos a centrar en cuatro figuras que pueden ser representativas de diferentes tipologías de mujer: Irene, sobre la que pesará el análisis de este somero estudio, porque es la mujer idealizada; doña Cándida, la tía política de Irene, una señora, viuda, por la que Máximo Manso no siente, ni mucho menos, gran simpatía; doña Javiera, la madre de Manolito Peña, viuda también, pero de un cariz bastante distinto a la anterior; Petra, su ama de llaves, y finalmente aparecerá en este escenario Lica, la cuñada cubana del protagonista, que viene a instalarse a Madrid para merma de la tranquilidad de espíritu que reinaba en la vida metódica de Máximo Manso.

Modelos de mujer

Aunque el término de modelo pueda resultar algo peyorativo, tanto en el campo de la mujer como del hombre, puesto que conduce no a una visión personal, individual, sino colectiva, hemos de considerarlo aquí, ya que lo que intentamos perfilar es la imagen tradicional de la mujer decimonónica a través de la literatura. A nadie le cabe duda de que Galdós es, amén de un escritor de raza, un gran observador. Ambas cosas son complementarias y encajan perfectamente en el trazado de la creación galdosiana. Ya de entrada, si pretendemos establecer comparaciones contrastivas entre el horizonte de expectativas actual y los que atraviesa la amplia producción de Galdós, tenemos que revisar por un instante la distinta impresión que causa estudiar el compromiso, o cuanto menos, la función o el alcance social de la mayoría de los autores en el XIX con respecto a lo que acontece hoy en día. Si lo normal entre los escritores decimonónicos es su participación en el debate de la vida cotidiana —ya no digamos nada de sus compromisos políticos que asumen hasta el punto de presentarse, como ocurre con Galdós, a elecciones—, lo que es normal aproximadamente un siglo después es que la presencia social de los autores sea mínima. Se ha profesionalizado mucho más la escritura, para bien o para mal —no es éste el debate ahora—, y lo que es más relevante aún, la sociedad española, como cualquier otra occidental de parecidas estructuras sociopolíticas, acusa el empuje de la desideologización que ha hecho mella en nuestros ámbitos más próximos. Toda generalización encierra un margen de error que puede suscitar malinterpretaciones. No queremos sentar una crítica, ni positiva ni negativa, ante esta situación dada. Somos conscientes —también leemos la prensa y disfrutamos de otros, muy variados, medios de comunicación— de que hay determinados escritores que se definen y que tienen columnas de opinión muy valoradas; pero el grado de presencia, por denominarlo de alguna manera, que alcanzan los escritores en el XIX es elevadísimo en relación a nuestros días. Las sociedades se transforman y el mecanismo de la literatura como medio informativo se ha visto mermado. Todas estas consideraciones que entran dentro de una lógica histórica, viene a corroborar un aspecto básico en este trabajo: la implicación del entorno social en todo producto literario es innegable, aunque la proyección social, o el impacto de éste en esa sociedad que abona su creación, o sea, el camino contrario, es muchísimo mayor en el siglo diecinueve que en la actualidad.

Es Galdós, además, lo conocemos, un autor, o mejor podríamos decir una persona, muy sensible al devenir histórico de España y al debate social que se genera en un siglo tan convulso como el XIX. En Galdós se filtran los innumerables temas de interés que, para una nación en continuo vaivén, están a flor de piel. Con otras palabras, no solo es a raíz de la implicación generalizada de los escritores del diecinueve en la arena pública, lo que motiva —aunque es ciertamente determinante— la asunción por parte de la escritura galdosiana de la agitada vida española de la época, también cabe indicarse el don natural que nuestro autor posee para entresacar de la realidad los mecanismos, los hechos y los elementos que caracterizan de mejor manera el mundo en el que vive, llegando a establecerse un fluido correlato entre su biografía y sus textos. La sincronía de la producción galdosiana es ejemplo de esta consideración, incluso los *Episodios Nacionales* nacen con el objetivo claro de comprensión del convulso entorno que lo envuelve. Si Galdós, podríamos decirlo desde un punto de vista teórico o abstracto, aparece en cualquiera de sus obras de un modo u otro —probablemente ocurre con todos los autores, aunque no se entrevean de forma tan notoria,— en *El amigo Manso* se hace tan evidente que se ha llegado a plantear esta cuestión con amplitud en la crítica galdosiana. Se ha discutido el carácter autobiográfico de la obra y si, efectivamente, Máximo Manso es un trasunto literario de Galdós. Sobre este particular, nos quedamos con esta posición de Francisco Caudet, que ha llevado a cabo una excelente edición crítica de la novela:

A través de la palabra literaria, la materia con la que labora el escritor, todo tiene, de modo muy particular cuando se parte de una visión plural de la realidad —la visión de la pareja de amigos Manso-Galdós—, numerosos niveles semánticos [...] Es y no es Manso quien habla de Galdós porque es y no es sin Galdós. Está la perspectiva de quien habla pero también y sobre todo está el sello que imprime cómo se habla —otra perspectiva más, otro mecanismo más que potencia la finalidad deíctica de la novela. Galdós, a través de un personaje que él crea y a quien otorga la capacidad de hablar en primera persona para potenciar la ilusión de que él y cuanto narra es “la más verdadera verdad”, opta por una perspectiva irónica que es tanto o más determinante que el uso de la primera persona. La instancia autobiográfica y el recurso de la ironía acercan y distancian, nos sitúan en un privilegiado ángulo desde donde observar la competencia que se establece entre lo que cuenta el narrador en primera persona y los hechos contados, hechos que son ellos mismos expresión de un punto de vista que no es necesariamente el del narrador ni ha de ser, por supuesto, el de los lectores. (2001: 12)

Se sustrae de las palabras de Caudet que Galdós existe en *El amigo Manso* sobre todo por medio de ese catedrático de filosofía, llamado Máximo Manso, que recrea una historia por medio de la primera persona. La aparición del yo da pie al supuesto, no siempre taxativo pero sí obvio en esta novela, de que los comentarios y las reflexiones que el protagonista se hace tienen un recorrido más largo que el de los límites novelescos para llegar, en este caso, hasta el propio autor. Si a esto añadimos la citada correlación de los procesos socioculturales con la biografía galdosiana, de la que en *El amigo Manso* da cumplida cuenta el interés que por entonces suscita en Galdós la filosofía krausista, podemos colegir de todo ello que, en cuanto a la temática de este trabajo, que las consideraciones de diversa índole que hace Máximo Manso sobre los modelos de mujer que aparecen en el relato, guardan estrecha relación con las reflexiones que en torno a este punto lleva a efecto Galdós, en una época, como hemos citado anteriormente, en la que se cuestiona la sociedad a la vista de los postulados krausistas.

Es necesario abordar, aunque sea de forma mínima, el acercamiento de Galdós al krausismo. En realidad, a nuestro entender, a pesar de la más que meridiana relación que se aprecia entre algunas obras de Galdós y el krausismo, no podemos afirmar que Galdós fuera un krausista en el sentido de ferviente seguidor del ideario de Karl Christian Krause. No es de extrañar que nuestro autor se sintiera atraído por las propuestas del filósofo alemán, sobre todo en cuanto a la renovación social se refiere. Es evidente que el *Ideal de la Humanidad*¹ supuso un espaldarazo para la consecución de objetivos sociales que Galdós proclamó desde muy joven; bien en la tribuna periodística, bien en su actividad política, y, por supuesto, en su obra literaria. Ahora bien, de sentir esa inclinación y ese interés notorio por la obra de Sanz del Río a considerarse un prosélito de ella media un largo camino. Galdós tuvo muchos contactos con el krausismo. Alfonso Armas Ayala, en *Galdós, lectura de una vida*, aporta numerosos datos acerca de esos contactos de Galdós con el mundo krausista, que provenían en gran medida como resultado de las inquietudes del joven escritor recién llegado a Madrid que degusta como nadie el sabor de lo que se cuenta en las calles de la capital:

[...] el “Café Universal” fue algo más que una mera tertulia. Resultó ser una segunda escuela, mucho más fructífera que la propia Universidad; en donde Galdós aprendió muchas cosas que le servirían años después para introducirlas dentro de su prosa novelística. Sobre todo, en sus primeras novelas, porque en ellas, como se verá, no sólo hay reflejo y huella canaria, sino también reflejo de las enseñanzas que de sus amigos canarios precisamente recibió Galdós; los más destacados, Fernández Ferraz y Benigno Carballo. Según refiere el profesor Beyrie, el krausismo de Galdós, tan discutido por los críticos, pero al mismo tiempo tan evidente, nació en esos años de la *Tertulia*, en la que sobre todo algunos contertulios canarios fueron los verdaderos iniciadores. Precisamente la relación de Carballo con Giner de los Ríos facilitaría la amistad de este último con Galdós y, como lo demuestra la correspondencia entre Giner y Galdós, el ineludible krausismo galdosiano que se exteriorizaría en *La familia de León Roch* y *El amigo Manso* de un modo especial. (1989: 80)

Como observamos, las relaciones entre Galdós y los intelectuales krausistas del momento fueron intensas, hasta el punto de establecerse entre el novelista y Giner de los Ríos, *alma mater* de la Institución Libre de Enseñanza, deudora como sabemos del espíritu krausista, una correspondencia epistolar. Aún así, seguimos insistiendo en que Galdós no fue *sensu strictu* un hombre krausista, sino un reformista social que vio a la perfección las posibilidades que ofrecía el *Ideal de la Humanidad*, pero también las dificultades de sus utópicos ideales de confraternización universal. En cierta manera, como es sabido, *El amigo Manso* responde a un planteamiento de revisión ficticia de las posibilidades de una actuación de un ser muy vinculado a los propósitos del *Ideal*, como es el protagonista de la novela, Máximo Manso, en una sociedad española, como la de finales de la década de los setenta y comienzos de los ochenta, en la que los valores no parecen correr a la par que las ideas que se preconizan como positivas para una nueva organización social.

El realismo de Galdós, no en este caso el novelesco, sino el del observador directo de la realidad, al cabo de los acontecimientos por su condición de periodista y de escritor, le impide tomarse al pie de la letra lo que se propone en el *Ideal de la Humanidad*. Demasiado utópico, demasiado inconcreto para poderse formular como una base sólida para actuar de manera general en el impulso renovador que necesita España. Por eso Galdós escoge, es natural que lo hiciera así, aquellos elementos que son más realizables a su juicio y que son afines a su posición política, social y religiosa. Los asuntos relacionados con la educación —ampliamente

desarrollados en *El amigo Manso*—, con la igualdad social de clases, con la importancia fundamental del hombre político y con la función de la mujer en la nueva sociedad; son revisados por Galdós a la luz del krausismo. Esa hipotética nueva función de la mujer se encarna aparentemente a la perfección en la joven Irene, la sobrina de doña Cándida García Grande. El capítulo VI se titula, precisamene, “Se llamaba Irene”:

Su palidez, su mirada un tanto errática y ansiosa, que parecía denotar falta de nutrición; su actitud cohibida y pudo rosa, como si le ocasionaran vivísimo disgusto las comisiones de su tía, me inspiraban mucha lástima. Así es que además de la limosna, yo solía tener en mi mesa algún repuesto de golosinas. Presumiendo que rara vez tendrían satisfacción en ella los vehementes apetitos infantiles, dábale aquellas golosinas sin hacerla esperar, y ella las cogía con no disimulada ansia, me daba tímidamente las gracias, bajando los ojos, y en el mismo instante empezaba a comérselas. Sospeché que este apresuramiento en disfrutar de mi regalo, era por el temor de que si llegaba a su casa con caramelos o dulces en el bolsillo, doña Cándida querría participar de ellos. Más adelante supe que no me había equivocado al pensar de este modo.

Me parece que la estoy mirando junto a mi mesa escudriñando libros, cuartillas y papeles, y leyendo en todo lo que encontraba. Tenía entonces doce años y en poco más de tres había vencido las dificultades de los primeros estudios en no sé qué colegio. Yo la mandaba leer, y me asombraba su entonación y seguridad así como lo bien que comprendía lo que leía, no extrañando palabra rara ni frase oscura. Cuando le rogaba que escribiese, para conocer su letra, ponía mi nombre con elegantes trazos de caligrafía inglesa, y debajo añadía: *catedrático*.

Hablando conmigo y respondiendo a mis preguntas sobre sus estudios, su vida y su destino probable, me mostraba un discernimiento superior a sus años. Era el bosquejo de una mujer bella, honesta, inteligente. ¡Lástima grande que por influencias nocivas se torciese aquel feliz desarrollo o se malograra antes de llegar a conveniente madurez! Pero en el espíritu de ella noté yo admirables medios de defensa y energías embrionarias, que eran las bases de un carácter recto. Su penetración era preciosísima, y hasta demostraba un conocimiento no superficial de las flaquezas y necesidades de doña Cándida. Solía contarme con gracioso lenguaje, en el cual el candor infantil llevaba en sí una chispa de ironía, algunos lances de la pobre señora, sin faltar al respeto y amor que le tenía. (2001: 180)

Como advertimos, la Irene que ve nuestro protagonista es descrita como un dechado de virtudes. Frente a ella, su tía política, la viuda de García Grande, doña Cándida, es para nuestro filántropo una constante pesadilla debido a su hipócrita carácter y su desmedida ambición por el dinero, al que supedita todos sus actos, entre los que se haya el enviar como intermediaria a la joven Irene para que el corazón de Manso se ablande aún más y la favorezca con sus ayudas económicas. En definitiva, según el propio narrador, contagiado de la ironía galdosiana, la citada señora “era un ser providencial, hecho de encargo y enviado por Dios sobre las sociedades anónimas (¡designios misteriosos!) para dar en tierra con todos los capitales que se le pusieran delante y aun con los que se le pusieran detrás; que a todas partes convertía sus destructoras manos aquella bendita dama. Jamás vio Madrid mujer más disipadora, más apasionada del lujo, más frenética por todas las ruinosas vanidades de la edad presente” (2001: 171).

Si añadimos al pequeño círculo de mujeres que rodean a Máximo Manso, a su sirvienta Petra, su ama de llaves, su vecina doña Javiera y a su cuñada Lica, pocas más son las féminas con las que se relaciona. Así pues, ante este elenco que, con todas las virtudes que poseen y que representan a modelos de mujer tradicional, se yergue la joven Irene como un ser prodigioso que hay que cultivar con esmero, puesto que cree encontrar en ella algo que va más allá de la belleza física, que además la tiene, se trata del rasgo intelectual. La niña Irene quiere estudiar, leer —“Lo de los libros para Irene lo atendía yo con muchísimo gusto” (2001: 181)—, pocos años más tarde recibe noticias de que esos estudios parecen llevar a buen puerto:

A medida que el tiempo pasaba y que Irene crecía, escaseaban sus visitas, lo que no significaba mejoramiento de fortuna en doña Cándida, sino repugnancia de Irene a desempeñar las innobles misiones de la esquelita del petitorio. Desarrollado con la edad su amor propio, la pequeña venía a mi casa sólo para las exacciones de cuantía, y las menudas las hacía la criada. Por último, rodando insensiblemente el tiempo, llegó un día en que todas las comisiones las desempeñaba la criada. Dejé de ver a la sobrina de mi cínife, aunque siempre por este y por la muchacha tenía noticias de ella. Supe, al fin, con injustificada sorpresa, que llevaba traje bajo, cosa muy natural, pero que a mí me pareció extraña, por este rutinario olvido en que vivimos del crecimiento de todas las cosas y la marcha del mundo. Me agradó mucho saber que Irene había entrado en la Escuela Normal de Maestras, no por sugerencias de su tía, sino por idea propia, llevada del deseo de labrarse una posición y de no depender de nadie. Había hecho exámenes brillantes y obtenido premios. Doña Cándida me ponderaba los varios talentos de su sobrina, que era el asombro de la escuela, una sabia, una filósofa, en fin, una *cosa atroz...* (2001: 183-184)

Pese a las exageraciones de doña Cándida, el “cínife” de Máximo Manso, lo que queda claro para éste es que Irene es una mujer diferente, un modelo nuevo afín a los tiempos de avance que corren, frente a aquellas con las que trata de forma cotidiana y que representan variaciones de un modelo tradicional. De doña Cándida, mejor no insistir en cuanto a la caracterización negativa que sobre ella perpetra Galdós, aunque no deja de verse en ella un prototipo de la mujer desprotegida al morir su esposo, que es el mantenedor económico de la casa y en este caso concreto también bastante parecido a su cónyuge en el arte de dilapidar los ahorros; la supeditación al hombre es total, pues difícilmente podrá trabajar, salvo en labores de servicio, algo impensable para una persona que ha ostentado una posición social cómoda en vida de su marido: “García Grande, cuya determinación psico-física acusaba dos formas primordiales, linfatismo y vanidad, derrochó su fortuna, la de su mujer, y parte no chica de varios patrimonios ajenos, porque una sociedad anónima para asegurarnos la vida, de que fue director gerente, arrambló con las economías de media generación, y allá se fue todo al hoyo” (2001: 171).

Doña Javiera es la vecina de Máximo Manso, madre de Manolito Peña, discípulo del catedrático y futuro marido de Irene, también es viuda como doña Cándida, pero personifica, también dentro del marco tradicional, la mujer de pueblo, trabajadora, que sobre la base de su esfuerzo personal logra sacar adelante un negocio, hasta el punto de que puede darle los estudios necesarios a su hijo, a Manolito Peña, que llegará nada menos que a ser político, para desconsuelo de su antiguo maestro. Doña Javiera es una persona de ánimo fuerte que encaja dentro de la pequeña burguesía, pero que es reivindicada, creemos, por Galdós como una persona que, aun siendo mujer, regenta con buen tino una carnicería. Claro está que no

podemos sacarla tampoco del marco de la mujer tradicional, no sólo porque su oficio pertenece a un ámbito muy honorable, pero que entra dentro de una consideración social no demasiado prestigiosa, sino sobre todo porque ella es muy consciente, lo cual no deja de ser admirable, de sus escasos conocimientos culturales, que le permitan aspirar a pertenecer a una clase social más alta: “—Yo no debiera abrir la boca delante de usted —me decía—, porque soy una ignoranta, una paleta, y usted todo lo sabe. Pero no puedo estar callada. Usted me disimulará los disparates que suelte y hará como que no los oye. No crea usted que yo desconozco mi ignorancia, no, señor de Manso. No tengo pretensiones de sabia ni de instruida, porque sería ridículo, ¿está usted? Digo lo que siento, lo que me sale del corazón, que es mi boca... Soy así, francota, natural, más clara que el agua; como que soy de tierra de Ciudad-Rodrigo... Más vale ser así, que hablar con remilgos y plegar la boca, buscando vocablotes que una no sabe lo que significan” (2001: 159-160).

Petra, como hemos dicho, es su sirvienta: “Una excelente mujer, asturiana, amiga de mi madre, de inmejorables condiciones y aptitudes se prestó a ser mi ama de llaves. Poco a poco su diligencia puso mi casa en un pie de comodidad, arreglo y limpieza que me hicieron sumamente agradable la vida de soltero, y esta es la hora en que no tengo un motivo de queja, ni cambiaría a mi Petra por todas las amas que han gobernado curas y servido canónigos en el mundo” (2001: 158). Por lo menos para Máximo Manso, es necesaria la ayuda y el buen hacer de una mujer para que su casa esté arreglada como es conveniente. La impronta tópica de la relación indisoluble entre mujer y cuidado doméstico se presenta como una realidad palpable. Es otro elemento de la consideración de la mujer tradicional, y es quizás una de las rémoras en el proceso de igualdad práctica, y no teórica, entre hombres y mujeres.

Lica es el diminutivo de Manuelica, de Manuela, la cuñada cubana de Máximo Manso, que llega a España para instalarse definitivamente con toda la parafernalia caribeña que es propia de su alta condición económica y social. El hermano de Máximo, José María, a pesar de tan bondadoso nombre está en las antípodas del filósofo especialmente en cuanto atañe a condiciones morales. Es un hombre de escasa preparación cultural que, a diferencia de doña Javiera, no le retrae para iniciar una carrera política, hablador en exceso, prototipo del indiano fanfarrón y, para mayor escarnio, pretende los favores de la joven Irene, enamorada idílicamente de Manolito Peña. Lica es, salvando los excesos en los que cae en materias de moda, entre otras cosas debido en parte a sus innatas condiciones tropicales, y en parte al desconocimiento de los usos de la capital de la metrópoli, lo que podríamos definir como señora de clase alta, con mucho dinero, con muchos sirvientes, y dedicada por entero a su casa. Sin embargo, su posición le permite llevar una vida social que no veíamos, por ejemplo, en doña Javiera:

—Me parece que debemos marcharnos. Yo estoy muy cansada. ¿Y usted, mamá?

—Por mí, vámonos.

—¿Y no oímos al tenor? —indicó Mercedes con desconsuelo.

—Niña, en el Real lo oiremos.

Levantáronse. Irene estaba en el antepalco distribuyendo abrigos. Cuando todos se abrigaron, también ella tomó el suyo. Yo atendí primero a doña Jesusa, a Lica, a Mercedes, después a ella que, con su alfiler en la boca, desdoblaba el mantón para ponérselo. (2001: 302)

Vayamos de nuevo con Irene, aquí la vemos junto a la familia de Lica porque, tras sus estudios como maestra, trabaja como institutriz de los sobrinos de Máximo. Es ahí, justo en la

casa de Lica, donde recibe los mayores acosos por parte de José María Manso, que no duda en establecer una despreciable alianza con doña Cándida para que Irene ceda a sus pretensiones. Pero no es así, gracias a la intervención decidida de Máximo todo se pone sobre la mesa y las cosas retornan a su cauce correcto; también Irene, que pasa de ser aquel esbozo de un modelo nuevo de mujer, producto de la razón y de la inteligencia, no sometida a los dictados de una sociedad en donde prevalece como salida más válida para la mujer, cuando no la única, el matrimonio, a ser precisamente un ejemplo más de una jovencita que pretende convertirse en una señora de, en este caso de Manuel Peña. Para Máximo Manso, probablemente también para Galdós, el cambio de la función de la mujer en aquella sociedad todavía distaba mucho de ser un hecho generalizado. Tal es así, que María del Prado Escobar Bonilla apunta esta aclaratoria declaración de intenciones del autor:

En conclusión. Todo lo que se había propuesto consigue Irene, la verdadera, tan apartada de la imaginada por Manso que la había soñado como.

Minerva contemporánea en que todo era comedimiento, aplomo, verdad, rectitud, razón, orden, higiene.

Sin embargo, tales sublimes cualidades, de haber resultado ciertas, también deberían haber brillado en un ámbito exclusivamente hogareño, si ella, la protagonista del relato, hubiera preferido a Máximo. Claro que se trataría de un hogar distinto del que ocupará junto a Manolito Peña; pero al fin y al cabo, también tendrían que haber girado estas excelentes prendas del carácter femenino en la órbita del varón jefe de la familia, y la mujer realzada con tan excelsas cualidades, se debería, no obstante, limitar a un discreto papel secundario de compañera fiel del hombre, todo lo más inspiradora suya, y madre amantísima de su descendencia, por supuesto. Así que el papel que Irene desempeña en la sociedad al casarse con el discípulo, no difiere cualitativamente del que hubiera interpretado si llega a preferir al maestro.

La protagonista de *El amigo Manso* triunfa y logra todas sus aspiraciones, quizás porque éstas no van a contrapelo de lo que su creador entendía por “natural” en punto a educación femenina; a saber: que la mujer se ilustre y brille, incluso que ejerza alguna profesión “femenina” a condición de que no hay más remedio; pero que todo lo posponga ante la perspectiva de unirse al hombre elegido y supeditarse a él. (1980: 174-175).

La búsqueda del hombre culto como vehículo de transformación de la sociedad es patente en el *Ideal de la Humanidad*, de Sanz del Río. Existe un concepto del ser culto como una persona educada, ilustrada, que va a ser el principal valedor de la armonía personal y social que persigue Krause. Su obra está orientada hacia este individuo culto que será el ejemplo en donde se mirarán los pueblos para su conformación conveniente como comunidades avanzadas, que han de aunarse para formar el ideal superior de la humanidad:

¿Cuánto no han ganado en desarrollo y en cultura los pueblos, cuando se ha abierto entre ellos alguna nueva puerta de comunicación cercana o lejana, y cuando se ha extendido esta comunciación a mayores relaciones y objetos? ¿Qué da hoy a la cultura europea su realce característico, y presta a nuestro comercio social aquella dignidad de maneras junto con el tono delicado que lo distingue, sino el que nosotros rodeamos ya libremente toda la tierra, que hasta los pueblos más extremos de Europa se

comunican unos con otros, y reparten entre sí los frutos de la naturaleza y de la inteligencia? Estos pueblos y todos deben conservar y conservará cada cual la originalidad de su carácter y destino en la unidad del destino humano, determinarán este carácter y lo educarán reuniéndose en sociedades gradualmente comprensivas, y llegarán últimamente a unirse en una alianza y pueblo terreno.

Ciencia, arte, estado, religión, todas estas instituciones fundamentales miran últimamente a la realización de toda la humanidad en la tierra como un hombre interiormente culto, y al complementeo igual de este hombre en todas sus partes, órganos y fuerzas. Cada cual de estas instituciones aguarda del complemento del todo el suyo propio. Todas trabajan, con designio o sin él, para la edificación humana en el todo y en las partes. (1992: 61)

La cultura para el krausista es fuente primordial de conocimiento, pero también de aplicación social. No se valora tanto la adquisición de un bagaje cultural, como la proyección de este bagaje en aras de contribuir a una mejora social en todos los órdenes. No descubrimos nada al reparar en la inquietud de Galdós por la cultura como motor de la renovación de la sociedad española junto al trabajo productivo. Alfonso Armas Ayala da cuenta de esa inquietud galdosiana por la educación: “Desde 1872 (*Crónica de la Quincena*), Galdós se planteaba ya esta cuestión: ‘¿Qué es preferible: el pueblo supersticioso según la escuela antigua, o el pueblo filosófico, según la escuela de La Internacional?’. Esto es, el pueblo ignorante o el pueblo educado. Así, en términos tan claros, ya se planteaba Galdós el concepto de la educación del pueblo. Con el propósito de elevarlo y dignificarlo” (1989: 213).

Veía Galdós los resultados positivos que podría producir la educación en la sociedad española en su conjunto. Por ejemplo, el compromiso político o la cuestión religiosa no dejaban de ser asuntos que había que ser entendidos con el soporte de una educación adecuada. El pueblo no estaba preparado para el cambio sociopolítico que hombres como Galdós pensaban para España. En este contexto, es fácil pensar en las razones por las que el novelista lleva adelante el proyecto de *El amigo Manso*, una obra en la que se pone de manifiesto, con un tono irónico, por otra parte muy galdosiano, la educación como tema principal del relato a través de las experiencias de un pedagogo krausista, Máximo Manso. Insistimos en ello, Galdós se introduce en el problema de la educación en España con el ánimo del interés social por el que se muestra tan proclive. No obstante, como hemos visto, parece que todavía no *tocaba* alcanzar ese nivel educativo y cultural a la mujer. Hoy en día —retomamos la idea del horizonte de expectativas—, aunque la función social de la mujer no ha alcanzado los niveles de igualdad con respecto al hombre en todos los aspectos, las condiciones del marco en el que nos hallamos nos permite pensar que existen muchas menos Ireas y que los modelos educativos defendidos por los krausistas están abiertos a cualquier persona, independientemente de su sexo. Por lo tanto, la lectura en estos momentos de *El amigo Manso* ha de entenderse desde una posición diferente, a favor de la mujer y en contra de los moldes tradicionales. Sin embargo, no se puede levantar el pie del acelerador en cuanto a la consecución de la igualdad de derechos y de deberes, y la referencia de esta novedosa novela de Galdós ha de servir para tener ello muy en cuenta.

BIBLIOGRAFÍA

ARENCIBIA, Y., (dir.): *Homenaje a Alfonso Armas Ayala*, 2000, Cabildo de Gran Canaria, Gran Canaria.

ARMAS AYALA, A., *Galdós: lectura de una vida*, 1989, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife.

CAUDET, F., “Introducción”, en Benito Pérez Galdós, *El amigo Manso*, 2001, Cátedra, Madrid.

ESCOBAR, M^a. del P., “Galdós y la educación de la mujer”, 1980, en *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

IGLESIAS SANTOS, M. “La Estética de la Recepción y el horizonte de expectativas”, 1994, en Darío Villanueva (comp.), *Avances en Teoría de la Literatura*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

PÉREZ GALDÓS, B. *El amigo Manso*, 2001, Cátedra, Madrid.

UREÑA, E. M. *El “Ideal de la Humanidad” de Sanz del Río y su original alemán*, 1992, Universidad Pontificia Comillas, Madrid.

NOTAS

- ¹ En 1860, Julián Sanz del Río publica en España el *Ideal de la Humanidad*, obra basada en la doctrina del filósofo alemán Karl Christian Krause, expuesta por éste a principios de siglo, concretamente en 1911, en su *Tagblatt des Menschheitelbens*, una pequeña revista editada por el propio Krause. El *Ideal de la Humanidad* se convierte en España en una referencia cultural de amplia incidencia en la convulsa sociedad de la época.